EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA MUJER DE ULISES

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO EN VERSO

ORIGINAL DE

DON EUSEBIO BLASCO

SEXTA EDICIÓN

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.°
1897

LA MUJER DE ULISES

LA MUJER DE ULISES

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EUSEBIO BLASCO

Representado por primera vez en el teatro del PRINCIPE de esta Corte
en el mes de Octubre de 1865.

SEXTA EDICIÓN

MADRID
V. VELA, SUCESOR DE J. RODRÍGUEZ
4, CALLE DE LAS CONCHAS, 4

1897

PERSONAJES	ACTORES
ROSALÍA	DOÑA JOSEFA HIJOSA.
DOÑA CASTA	» BALBINA VALVERDE.
PASCUAL	DON ANTONIO ZAMORA.
JOSÉ	» MARIANO FERNÁNDEZ.

A Antonio Zamora.

Este juguete, que no vale nada, ha adquirido á mis ojos gran valor, por haberlo hecho cuatro artistas que, aunque no cantan, son sin duda alguna de *primísimo cartello*.

Te prometí dedicártelo, y cumplo mi palabra con mucho gusto.

Tú eres un joven muy galán, y un galán muy joven.

Ponme á los pies de Pepita Hijosa, de la señora Valverde y Mariano Fernández, y dale un besito al empresario.

A todos os doy un millón de gracias, y es tuyo hasta la pared de enfrente,

Eusebio Blasco.

ACTO ÚNICO

Sala decentemente amueblada. Velador con libros y cesta de costura.

ESCENA PRIMERA

JOSÉ y ROSALÍA

JOSÉ. ¡Ya sabes que me disgusta
que no estando en casa yo
entren amigos en casa!
Prudencia y moderación.
Yo me marcho al Escorial;
el tren se marcha á las dos,
son las dos menos cuarenta
y me voy á la estación.
ROSALÍA. ¿Pero no llevas baúl?
JOSÉ. ¿No te he dicho ya que no?
Sólo pienso estar dos días
en el Escorial. Adiós.
¡Cuidadito, Rosalía,
con olvidar la lección!
ROSALÍA. ¡No seas atroz, Pepito!
¡Pepe, no seas atroz!
JOSÉ. Ya me has dicho atroz tres veces.
ROSALÍA. Y lo diré ciento dos

si veo que continúas
desoyendo la razón.
¿Por qué has de desconfiar
de tu mujercita?

JOSÉ. ¿Yo?

ROSALÍA. Sí, señor, tú desconfías.

JOSÉ. ¡No, señora!

ROSALÍA. ¡Sí, señor!

JOSÉ. Y aunque así fuera, yo tengo
mis motivos, ¡no que no!
La soledad, tu carácter,
el peligro... la ocasión...

ROSALÍA. Yo sé lo que debo hacer.

JOSÉ. Pues haz lo que digo yo.
Ni saldrás sola de casa
ni abrirás aquel balcón.

ROSALÍA. ¿Pues qué he de hacer?

JOSÉ. Ocuparte
en terminar la labor.
¡Bórdame unas zapatillas!

ROSALÍA. ¡Jesús!

JOSÉ. Pero no, no, no;
más valdrá que me repases
el *chaqué*; tiene un botón...

ROSALÍA. ¡Ay, que atroz eres, Pepito!

JOSÉ. ¿Otra vez?

ROSALÍA. Anda con Dios.

JOSÉ. ¡Cuidadito, Rosalía,
con dar algún tropezón!
mira que tengo presente
cuando en el circo de Paul
te dijo un teniente...

ROSALÍA. ¡Ah, sí!
que me parecía al sol.

JOSÉ. Ya; pero yo fuí la luna,
y hubo eclipse.

ROSALÍA. ¡Picarón!

JOSÉ. ¿Y aquella noche en el Prado,
cuando á la luz de un farol
te regaló dos naranjas
aquel músico mayor?

ROSALÍA. ¡Pepe!

JOSÉ. ¡Yo ya no soy Pepe,
soy un turco!
ROSALÍA. ¡Y un atroz!
JOSÉ. ¡Caramba con la palabra!
ROSALÍA. Oyeme con atención.
Tú desconfías de mí,
y yo al fin y al cabo soy
una mujer que se queda
sin un guía protector...
JOSÉ. ¡En mi casa no entran guías!
ROSALÍA. ¿Y si hubiera una ocasión?
JOSÉ. Haz cuenta que soy Ulises
y tú Penélope.
ROSALÍA. ¿Yo?
JOSÉ. ¿No conoces esa historia?
Pues oye con atención:
Penélope era una griega
de acrisolado pudor,
y se casó con Ulises,
que era un celoso... feroz.
Partió Ulises á la guerra,
y su mujer se quedó
como se quedan las flores
cuando se retira el sol.
No faltaron unos cuantos
amigos de aquel señor
que iban á ver á la esposa...
¡con la más sana intención!
Que en Grecia, como en Madrid
y como en Sebastopol,
nunca faltan buenas almas
que aprovechan la ocasión.
Penélope, esposa fiel
como tal vez no haya dos,
se puso á bordar un velo
no sé bien de qué color,
y cuando algún pretendiente
solicitaba su amor,
decía ella: «En acabando
esta tela, tuya soy.»
Pero había mucha tela
y fué eterna su labor,

pues deshacía de noche
lo que de día bordó.

ROSALÍA. Chico, me gusta la historia,
mas... oye una observación.
Comprendo todo eso en Grecia,
y en otro tiempo mejor.
Yo sé de algunas Penélopes
que bordan en tul y en gró;
pero en Madrid, no hay costumbre
de deshacer la labor.

JOSÉ. ¡Ea, abur!

ROSALÍA. ¡Oye!

JOSÉ. ¡Canastos!

ROSALÍA. (¡Pobrecillo!)

JOSÉ. ¡Adiós!

ROSALÍA. ¡Adiós!

(Llega hasta la puerta del foro; le ve marchar y baja al proscenio.)

ESCENA II

ROSALIA, al público.

Marido viejo y celoso
que vive siempre hecho un Argos
y hace á su costilla cargos
enamorado y furioso,
hace el oso,
y sufre... ¡lo que yo sé!
que en este pícaro mundo,
quien más mira, menos ve.

—

Mi marido ha contraído
esa horrible enfermedad,
¡y... es una calamidad
que esté enfermo mi marido!
Yo le cuido;
le digo: «¡Tu amor me inflama;
ten fe en mi amor!» ¡Y el maldito
tiene fe... pero se *escama!*

—

Quien sospecha sin razón

y rinde á la duda culto,
y anda buscando el bulto
á una sombra, á una visión...
da ocasión
á que una quiera faltar:
si no hay confianza en una...
¿dónde vamos á parar?

—

Tiene el hombre la manía
de celar nuestros encantos,
¡y hay tantos maridos, tantos
que están en la cofradía!
¡Tontería!
¡Pobres hombres! ¡Pues no sé!
si una quisiera engañarles...
¡digo! ¡figúrese usté!

—

Solita me quedo en casa,
libre del fiero celoso...
al ver que se va mi esposo
yo no sé lo que me pasa...
¡Ay, qué *guasa!*
si tarda Pepe á venir
y yo no bordo una tela...
¡ayúdeme usté á sentir!

ESCENA III

ROSALIA y PASCUAL

PASCUAL. ¿Hay permiso?
ROSALIA. Caballero...
PASCUAL. (Llegó el momento.)
ROSALIA. (Esa cara...)
PASCUAL. Si usted no se molestara...
ROSALIA. Póngase usted el sombrero.
PASCUAL. (Quitándosele.)
(Es verdad, ¡soy lo más lerdo!
en viéndola me atortolo.)
Yo soy...
ROSALIA. Sí, don...
PASCUAL. Pascual Polo,

ROSALIA. Es verdad; ahora recuerdo...
PASCUAL. Nos vimos hace dos años...
ROSALIA. ¡En Alhama!
RASCUAL. Sí, señora.
Bendita sea la hora
en que llegué yo á los baños.
Desde entonces hasta hoy,
en qué consiste no sé,
pero yo la veo á usté
por donde quiera que voy.
Varias veces la he seguido
y hasta aquí nunca he llegado;
hoy vengo bien informado
y aquí estoy porque he venido.
ROSALIA. Aunque no debo escuchar
lo que me puede ofender,
le oiré á usted, por saber
dónde va usted á parar.
PASCUAL. ¿Recuerda usté aquella tarde
que yo la llevé del brazo,
y á más de darme un bromazo
usted me llamó cobarde?
¿Y el diálogo placentero
que con usted entablé
mientras su papá de usté
se fumaba un coracero?
¿Y cuando en un fuerte arranque
de amor, por verle á usté el pie,
la cabeza se me fué
y me caí en el estanque?
ROSALIA. ¡Es verdad!
PASCUAL. ¡Cuánto sufrí!
ROSALIA. ¿De veras?
PASCUAL. Me di por muerto.
ROSALIA. ¿Temió ahogarse?
PASCUAL. Sí, por cierto,
me llegaba el agua... aquí.
(Tocándose la bota.)
ROSALIA. Perdone usté mi extrañeza
al oir sus aprensiones;
con el agua á los talones...
PASCUAL. ¡Es que caí de cabeza!

ROSALIA. (¡Tiene gracia!)
PASCUAL. (A ver si así...)
ROSALIA. ¿Puedo saber el objeto
que le trae?...
PASCUAL. Es un secreto
que tengo guardado aquí.
(Señalando al corazón.)
Vengo á declararle á usté...
(Después de una pausa, durante la cual mira á todos lados.)
¡Que la adoro! (Arrodillándose.)
ROSALIA. ¡Caballero!
PASCUAL. La ofrezco un amor sincero.
ROSALIA. Muchas gracias.
PASCUAL. No hay de qué.
Y de aquí no salgo yo
sin que usted me haya hecho caso.
Salgamos pronto del paso:
¿me quiere usted, sí ó no?
ROSALIA. ¡Alce usted!
PASCUAL. (Se levanta.) ¡Ay, qué mirada!
ROSALIA. En su ignorancia se escuda;
usted ignora sin duda...
PASCUAL. ¿El qué?
ROSALIA. (Con gravedad cómica.) ¡Que yo soy casada!
PASCUAL. Ya lo sabía.
ROSALIA. ¡Muy bien!
PASCUAL. Como ese pecho se ablande...
ROSALIA. ¡Soy casada!
PASCUAL. ¡Si lo grande
es que yo lo soy también!
ROSALIA. Es que debe usté saber
que si yo me echo en el surco...
mi marido es como un turco.
PASCUAL. ¡Qué bárbaro debe ser!
¿Está usted esclavizada?
pues yo creo que no debe
adorar á quien se atreve
á tenerla á usté enjaulada.
ROSALIA. ¡Oiga!
PASCUAL. Haga usted como yo.
Mi mujer era coqueta,

y un día le di soleta.

ROSALIA. ¿De veras?

PASCUAL. ¡Pues no que no!
Si usted, con bondad notoria,
quiere oirme un solo instante...

ROSALIA. Sí; pasemos adelante,
cuénteme usted esa historia.

PASCUAL. Renegando de mis daños
y de mi suerte fatal,
me fuí á echar al canal
un martes, hace dos años.
Sin penas y sin temor
dije al mundo: ¡hasta más ver!
cuando pasó una mujer
y lanzó un grito de horror.
Le di un soberano susto,
esto me causó un sonrojo,
y yo dije: si me arrojo
le voy á dar un disgusto.
Mis intentos reprimí,
y observé que me observaba...
siempre que yo la miraba
ella me miraba á mí.
Por qué me estuvo observando,
ni cuándo, ni cómo, sé,
de modo que aquello fué
sin saber cómo ni cuándo.
Entre el canal y una bella,
no es dudosa la elección;
consulté á mi corazón
y se decidió por ella.
Al mes y medio cabal
de aquella rara aventura
me uní con tal criatura
en lazo matrimonial.
Casta se llamaba... y basta;
por llamarse así la amé.
¡Ay! Yo á mi Casta adoré...
¡y hoy reniego de mi Casta!
¡Señora, vaya un petardo!
yo la tomé por hermosa,
y luego vi que mi esposa

parecía un leopardo.
Todo en ella era blanquete,
y sus dientes y sus rizos...
ROSALÍA. ¿Eran postizos?
PASCUAL. ¡Postizos!
Y su color, colorete.
ROSALÍA. No hable usted con tal despego
de esa mujer infeliz.
PASCUAL. ¡Qué! ¡Si tiene una nariz
como una manga de riego!
ROSALÍA. Confíe usted en que un día
tal vez á adorarla empieze.
PASCUAL. ¿Qué he de adorar? ¡Si parece
la estampa de la herejía!
No puedo estar á su lado.
ROSALÍA. ¿Será una mujer... gazmoña?
PASCUAL. ¡Es un demonio con moña!
¡Los disgustos que me ha dado!...
Siempre recuerdo que un día,
cuando yo la pretendí,
le dije con frenesí:
¡Casta, te me comería!
ROSALÍA. ¡Jesús!
PASCUAL. Y nunca me olvido
de la frase ni un momento.
¡Si viera usté cuánto siento
el no habérmela comido!
¡Se me fugó de la corte!
ROSALÍA. ¿De veras?
PASCUAL. ¡Sí!
ROSALÍA. ¡Dios me asista!
¿Con quién?
PASCUAL. Con un maquinista
del ferrocarril del Norte.
¡Le digo á usté que es atroz,
insufrible, atrabiliaria,
estrepitosa, incendiaria,
incandescente, feroz!
En cambio usted, tan amable,
tan bonita, tan sincera,
tan pura, tan hechicera,
tan dulce, tan apreciable,

tan buena, tan candorosa,
tan sensible, tan esbelta,
tan valiente y tan resuelta,
tan bella y tan bondadosa,
sabrá comprender mi amor
y mi ardiente fantasía:
¡quiérame usted, Rosalía,
hágame usted el favor!

ROSALÍA. ¡Qué ademanes y qué muecas!
Exagera usted por diez.
¿Es usté andaluz tal vez?

PASCUAL. No señora, de Vallecas.
¡Quiero darle á usté al momento
pruebas de amor!

ROSALÍA. ¡Uy, qué voces!

PASCUAL. ¡Pruebas inmensas, feroces!
¡cuarenta! ¡cincuenta! ¡ciento!
Sólo á complacerla aspiro:
¿quiere que como un cohete
salga y le pegue un cachete
á la mona del Retiro?
Y si no venzo en la lid,
no lo tome usted á risa,
saldré en mangas de camisa
por las calles de Madrid.
Como usted probarme intente,
ningún obstáculo hallo...
sí, me monto en el caballo
de la plazuela de Oriente.
No ha de haber un español
que á mí se pueda igualar,
voy á abrir de par en par...

ROSALÍA. ¿El qué?

PASCUAL. La Puerta del Sol.
Hable usted ya, que me ahogo;
en servirla á usted me aferro,
señora, yo seré un perro;
sí, señora, un perro dogo.

ROSALÍA. ¡¡Basta, basta, seductor!!
(A ver si así le contengo.)
¡Basta, basta! que no tengo
para escucharte valor.

PASCUAL. ¡Júrame que me has de amar!
Fuerza es que mi muerte evites.
ROSALÍA. ¡Oye: no te precipites,
que me vas á disgustar!
PASCUAL. ¡Óyeme, prenda adorada!
ROSALÍA. Ya te escucho, dulce encanto;
pero no alborotes tanto,
que estoy algo delicada.
PASCUAL. ¿Cuándo se colma mi anhelo?
ROSALÍA. (¡Vaya un compromiso!)
PASCUAL. ¿Cuándo?
ROSALÍA. (¡Ah, qué idea!) En acabando
de bordar este pañuelo.
PASCUAL. ¡Faltan!...
ROSALÍA. Diez puntos.
PASCUAL. Cabal.
Y están los puntos tan juntos...
ROSALÍA. En acabando estos puntos
haremos punto final.
(A ver si así le distraigo
y se va pronto de aquí.)
PASCUAL. ¿Pero y el pañuelo?
ROSALÍA. Ah, sí.
PASCUAL. ¡De prisita!
ROSALÍA. ¡Sí; ya caigo! (Pausa.)
¡Mi marido es muy celoso,
muy celoso!
PASCUAL. Por favor,
no heblemos de ese señor.
ROSALÍA. (¡Como te coja mi esposo!)
Hace un año me rondaba
un militar.
PASCUAL. ¡Ah, valiente!
ROSALÍA. Me hacía el oso atrozmente.
PASCUAL. Ya.
ROSALÍA. Gonzalvo se llamaba.
PASCUAL. ¿Y usted?
ROSALÍA. Siempre que observé
que él rondaba, enseguidita
salía yo cogidita
del brazo de mi José.
PASCUAL. ¡Qué horror! ¿Y el señor Gonzalvo,

ardiendo de amor y celos,
se arrancaría los pelos?

ROSALÍA. ¡Cá! no, señor. ¡Si era calvo!
Para todos soy yo sorda.

PASCUAL. Ya hablaremos otro día.
Acabemos, Rosalía.

ROSALÍA. ¿Qué?

PASCUAL. ¿Se borda ó no se borda?

ROSALÍA. ¡Ay, es verdad!

PASCUAL. ¡Ay, qué alma!

ROSALÍA. Voy á acabar allá dentro.

PASCUAL. Pero...

ROSALÍA. Le saldré al encuentro.

PASCUAL. ¡Pero es que no tengo calma!

ROSALÍA. Vuelvo muy pronto, muy pronto.
Hasta luego.

PASCUAL. Aquí estaré.

ROSALÍA. (¡Vaya todo por José!)

PASCUAL. (¡Pobre mujer!)

ROSALÍA. (¡Pobre tonto!)

ESCENA IV

PASCUAL; después, JOSÉ

PASCUAL. La espero; el buen cazador
debe esperar la perdiz
para comérsela luego
arregladita en salmí.
¡Si soy yo lo más lagarto!

JOSÉ. ¡Me he lucido!

PASCUAL. Soy feliz.

JOSÉ. Se marchó el tren y no he visto
á mi conquista. En Madrid
no hay un hombre más fatal.
¿Qué habrá pensado de mí?

PASCUAL. (Canta.)
«Yo soy el nego Domingo...»

JOSÉ. (¿Quién es este zarramplín?)

PASCUAL. Lan, larán...

JOSÉ. Un hombre en mi casa...

PASCUAL. (Viéndole y levantándose.)

(¡Hola!)

JOSÉ. (Lo voy á partir.)
Caballero...

PASCUAL. Señor mío...

JOSÉ. (¡Qué tracitas de dandy!)

PASCUAL. (¿Será este algún otro quidam
como el Gonzalvo? ¡Ay, aquí,
por lo visto, somos muchos
para cazar la perdiz.)

JOSÉ. ¿Podré saber, caballero,
qué es lo que hace usted ahí?

PASCUAL. ¿Podré saber yo por qué
me habla usted con retintín?

JOSÉ. ¿De veras, eh? (¿A que le pego
dos puntapiés?)

PASCUAL. Hombre, sí.
No parece sino que
trae usted aquí algún fín.

JOSÉ. ¿Usted espera aquí algo?

PASCUAL. ¡Pues!...

JOSÉ. *(¡Te veo de venir!)*

PASCUAL. Aguardo á cierta señora
que saldrá pronto por mí,
y como tengo que hablarla
de un asunto urgente... en fin,

JOSÉ. Yo estorbo...

PASCUAL. ¡Precisamente!
(Ya la he soltado.) A vivir.

JOSÉ. ¡Já, já, já!

PASCUAL. ¡Creo que pronto
va á haber la de San Quintín!

JOSÉ. Sin duda está usté engañado.
La señora que está ahí
sólo puede hablar conmigo.

PASCUAL. ¡No sea usted infeliz!
(Acercándose y con misterio.)
¡Si soy yo el amo!

JOSÉ. ¡Un demonio!

PASCUAL. ¿Qué es eso?

JOSÉ. ¡Largo de aquí!

PASCUAL. Caballero...

JOSÉ. ¡Que le rompo

el esternón! Zascandil,
yo soy el amo en mi casa.

PASCUAL. ¿Cómo? ¿qué?

JOSÉ. A tiempo te vi.
¡Soy el marido!

PASCUAL. (Marchándose.) ¡Canastos!

JOSÉ. No, no sale usted así.
¡Le voy á hacer pedacitos!

PASCUAL. Pero, hombre...

JOSÉ. Y se ha de batir...
¡Qué batir! ¡Se ha de dejar
hacer añicos!

PASCUAL. ¿A mí?
(¡Yo, que pensé que este hombre
se había ido de Madrid!)
Dispense usted.

JOSÉ. Dispensar...
No sé si tardo á venir...
Rosalía sale. Vamos.

PASCUAL. ¿Dónde?

JOSÉ. Siga usted. Allí
acabaremos los dos
de entendernos.

PASCUAL. Me lucí.

JOSÉ. Y lo que es ella, que tiemble.

PASCUAL. Pase usted.

JOSÉ. ¡Vamos! ¡Así!
(Empujándole para que entre en el cuarto de la derecha.)

ESCENA V

ROSALIA

No está. ¡Bah! ¡Si es un chiquillo!
¿De qué me ha servido á mí
estar encerrada allí
deshaciendo el dobladillo?
Está una á cada momento
en un trís; ¡y hay tantos trises!
mas soy la mujer de Ulises.
Pepe puede estar contento.

ESCENA VI

ROSALIA y DOÑA CASTA

CASTA. Este debe ser el cuarto...
ROSALÍA. ¿Quién?...
CASTA. Servidora de usted.
ROSALÍA. (¡Jesús, qué vieja más rara!)
CASTA. ¿No vive aquí don José
Peralejo?
ROSALÍA. (¡Vaya un tipo!
¿Quién demonios podrá ser?)
CASTA. ¿Es usted muda, señora?
ROSALÍA. (¡Soberbia desfachatez!)
Aquí vive el que usté busca.
CASTA. ¿Sí? Pues le tengo que ver.
ROSALÍA. No está en casa.
CASTA. ¿Que no está?
Corriente; le aguardaré. (Se sienta.)
ROSALÍA. No está en Madrid.
CASTA. ¡Se ha fugado!
¡Ay, Dios! ¡Sosténgame usted!
¡Me ha hecho correr un bromazo!
ROSALÍA. Yo no llego á comprender...
CASTA. ¿Conque se fué de Madrid?
ROSALIA. Sí tal.
CASTA. ¿Y por qué se fué?
ROSALÍA. Porque le dió la real gana.
(¡Caramba con la mujer!)
CASTA. ¡Usted será su... doncella?
ROSALÍA. ¿Cómo?
CASTA. Ya me figuré...
ROSALÍA. Está usted equivocada.
CASTA. Pues entonces, ¿qué es usted?
ROSALÍA. Soy su señora.
CASTA. ¡Yo muero!
yo voy á dejar la piel...
Diga usted que me administren
dos ó tres tazas de té...
Su esposo de usted es una
serpiente de cascabel.

ROSALÍA. Poco á poco.
CASTA. ¡Sí, señora!
Un tiburón con *chaqué*.
ROSALÍA. Basta de insultos.
CASTA. ¡Las cosas
que me han pasado con él!
ROSALÍA. ¿Cómo, cómo?
CASTA. Son horribles.
ROSALÍA. ¡Señora, explíquese usted!
CASTA. Quiere usted...
ROSALÍA. Sí.
CASTA. (Sentándose.) Pues comienzo. (Pausa.)
Yo soy muy sensible.
ROSALÍA. ¿Y qué?
CASTA. ¡Que soy muy sensible!
ROSALÍA. ¡Bueno!
CASTA. Y hará ocho días ó diez
que fuí á un baile.
ROSALÍA. Comprendo;
al último del marqués.
CASTA. No tal.
ROSALÍA. O al del conde...
CASTA. No;
á Capellanes.
ROSALÍA. ¡Muy bien!
CASTA. Estaba muy abatida,
y no sabiendo qué hacer,
me puse un traje de turca...
ROSALÍA. Ya.
CASTA. De color de café.
Entré con firme propósito
de no descubrirme...
ROSALÍA. ¡Pues!
CASTA. Yo soy toda una señora,
y no hubiera estado bien
descubrir allí mi rostro;
me hubieran podido ver
mis amigos. ¡Tengo tantos!...
yo soy sobrina de un juez,
y tengo en Vitigudino
dos fábricas de papel.
ROSALÍA. (¡Qué charlar!)

CASTA. Pues como digo,
en el momento que entré
me rodearon los pollos,
y me llamaban *su bien*,
su media naranja, su...
en fin, palabras de miel.
Uno de ellos le decía
á otro que hablaba con él:
¡Ay, chico, valiente turca!
¡quién la pudiera coger!
Al oir aquellas cosas,
señora, créame usté,
me subían vaporcitos
al rostro; yo soy mujer
que en oyendo cosas dulces
no me puedo contener.
En esto llegóse á mí
un joven, ¡joven cruel!
y me dijo: ¿bailas, niña?
y yo dije: bailaré.
¿Sabe usted quién era el monstruo?
ROSALIA. ¿Quién?
CASTA. ¡Su marido de usted!
Bailamos dos habaneras
y pasamos al buffet.
Yo estaba muy desganada,
y sólo pude comer
un poco de jamón dulce,
un pollo frito, un biftek,
dos raciones de merluza
y una copa de Jerez.
ROSALIA. ¿Y qué más pasó?
CASTA. ¿Qué más?
ahora lo va usté á saber:
me llamó prenda adorada
y palomita sin hiel;
me dijo que era teniente
de coraceros del rey...
ROSALIA. ¡Teniente! ¡Jesús, qué pillo!
CASTA. Y me regaló un pastel:
lo guardo como recuerdo;
aquí está. (Lo saca del bolsillo.)

ROSALIA. Démelo usted. (Lo coge.)
CASTA. ¿Qué intenta usted, temeraria?
ROSALIA. ¡Se lo voy á hacer comer!
CASTA. ¡Reventará de seguro!
ROSALIA. ¡Mejor!
CASTA. ¡Mejor! Eso es.
ROSALIA. ¿Mi esposo ha visto esa cara?
CASTA. No me descubrí.
ROSALIA. (¡Oh placer!)
CASTA. Me acompañó hasta mi casa
y me citó para el tren...
ROSALIA. ¿Cómo?
CASTA. Sí tal; me propuso
que fuéramos á Aranjuez
á pasar allí dos días.
Llego hoy en punto á las tres
á la estación, y ni rastro:
no estaba.
ROSALIA. ¡Qué avilantez!
(Esos eran los negocios
y el viaje. ¡Ay, José! ¡José!
¡Pobre de tí en cuanto vuelvas!)
Señora, sígame usted.
CASTA. ¿Adónde?
ROSALIA. Quiero vengarla.
CASTA. ¿Cómo?
ROSALIA. Usted misma ha de ser
quien se tome la justicia
por su mano.
CASTA. Sí lo haré.
ROSALIA. ¿Quiere usted quedarse aquí
hasta que él vuelva?
CASTA. ¡Eso es!
Comprendo. Me quedo aquí;
sí, señora.
ROSALIA. Está muy bien;
allí hay un cuarto á propósito.
Ese es su cuarto de usted.
CASTA. ¡Oh amor, amor, cuánto puedes!
(Entrando en el cuarto de la izquierda.)
¡Hasta luego!
ROSALIA. ¡Hasta después!

ESCENA VII

ROSALIA

Fíese usté en los maridos.
sea usté buena mujer:
¡vamos, si no puede ser!
¡los hombres están perdidos!
¡Qué atrevidos,
y qué monstruos de maldad!
¡No hay quien les sufra, señores,
es una barbaridad!

—

En ellos todo está bien;
en nosotras todo mal;
nos predican la moral
y nos arman un belén;
y es que ven
nuestra proverbial flaqueza;
¡y así se pasan la vida
sin un dolor de cabeza!

—

¡Hombres! pícaros *traviatos*,
si nos amais, pesiamí,
¿por qué nos tratáis así?
¡Hombres, no seáis ingratos!
Feos tratos
os llevan del vicio en pos...
¡Caramba! ¿Pues qué nosotras
no somos hijas de Dios?

—

Porque aquel pícaro Adán,
que era un Adán de primera,
obedeció á su hechicera
costilla como un buen Juan,
todos dan
contra nosotras; ¿por qué?
si Eva tuvo sus deslices,
¿á mí qué me cuenta usté?

—

Amor es juego inocente;

hombres y mujeres juegan,
los que saben más la pegan,
esto es moneda corriente.
Solamente
que siempre, burla burlando,
nosotras vamos perdiendo
y ellos se salen ganando.

—

Pero esto va á acabar mal;
yo voy á dar el ejemplo;
¿de qué sirve alzar un templo
á la dicha conyugal?
La moral
tendrá que hacerse la sorda;
no hay más, señoras mujeres,
es preciso armar la gorda.

—

¡Llegue el suspirado día!
¡hagamos una que suene!
¡esto es lo que nos conviene!
¡falsía contra falsía!
¡No hay tu tía!
¡los vamos á divertir!
¡quien tal hizo, que tal pague!
¡ancha Castilla, á vivir!

ESCENA VIII

ROSALÍA y JOSÉ

JOSÉ. ¡Vuelvo! (A Pascual, que queda dentro.)
ROSALIA. (¡Él aquí!)
JOSÉ. (Esta es la mía.
¡No te espera mal julepe!)
ROSALIA. (¡Qué gravedad! ¡Quién diría!...)
JOSÉ. Adiós, doña Rosalía. (Intención.)
ROSALIA. ¡Felices, señor don Pepe! (Pausa.)
¡Pronto has vuelto!
JOSÉ. (Está de *guasa.*)
Pues tengo bonito humor.
ROSALIA. ¿Vienes malo? ¿Qué te pasa?
JOSÉ. (Cogiéndola por la mano y con acento trágico.)

¡Vengo á buscar á mi honor!
¿Do está mi honor?

ROSALIA. (Con gravedad cómica.) No está en casa.

JOSÉ. ¡Mira que soy una fiera!

ROSALÍA. Lo sé; tu honor, que era el mío,
se fué esta mañana fuera...

JOSÉ. ¿Cómo?

ROSALÍA. Metido en un lío
en un vagón de primera.

JOSÉ. ¡Con cinco mil de á caballo!
¡no me levantes el gallo!

ROSALÍA. Pepito, no hagas el bú,
que en ese lío que callo,
el gallo que hay eres tú.

JOSÉ. Desde que yo me marché,
infiel, ¿qué has hecho? Habla; ¿qué?

ROSALÍA. Me puse á bordar un velo,
digo mal, era un pañuelo.

JOSÉ. ¿Lo acabaste?

ROSALÍA. Lo acabé

JOSÉ. ¡Ay, yo muero!

ROSALÍA. Hondo suspiro
por ti exhalaba. .

JOSÉ. ¡Yo espiro!

ROSALÍA. Y tú, entre tanto, traidor,
buscabas un nuevo amor...

JOSÉ. ¡Y no hay quien me pegue un tiro!

ROSALÍA. Tú, que me llamas infiel,
tú, que celoso y cruel
predicas sana moral,
tú, que me juzgas tan mal,
¿conoces este pastel?

JOSÉ. (Hace un gesto de sorpresa y disgusto; enseguida toma el pastel y lo muerde, y dice después de una pausa y devolviendo á Rosalía el pedazo que quede.)
No sé quién es.

ROSALIA. Hoy tus planes
la casualidad deshizo;
no en disculparte te afanes,
¡el pastel nació en el Suizo
y se educó en Capellanes!
No te turbes. Lo sé todo.

JOSÉ. Óyeme.
ROSALÍA. De ningún modo;
juraste amor.
JOSÉ. Sí juré,
pero fué porque...
ROSALÍA. ¿Por qué?
JOSÉ. Estaba un poco beodo.
ROSALÌA. Eso no es cierto.
JOSÉ. Sí es.
ROSALÍA. Tú bailaste una mazurka
con una turca...
JOSÉ. ¿Lo ves?
¿Cómo dices que no es
verdad que cogí la turca?
ROSALÍA. Era de carne y de hueso.
JOSÉ. Y aunque fuera cierto eso...
ROSALÍA. Bailar con una estantigua
que no es tu esposa, es exceso.
JOSÉ. Esa es la moral antigua.
ROSALÍA. Quien no tiene la razón
en vano el ingenio aguza.
¿Negarás en conclusión
que en alas de tu pasión
la convidaste á merluza?
JOSÉ. Oye, y hablemos de ti.
ROSALÍA. No tal.
JOSÉ. Que me estás faltando.
ROSALÍA. Tú me faltastes á mí;
y pues me estoy vindicando,
no debo quedar así.
JOSÉ. En vano arguyes y chillas
y á denuestos me acribillas;
¿te has sabido aprovechar
de mi ausencia para amar
á un hombre con melenillas?
La que olvidando el deber
y en brazos de un ser exiguo
busca amoroso placer,
castigada debe ser.
ROSALÍA. ¡Ese es el sistema antiguo!
JOSÉ. Tengo pruebas de tu engaño.
ROSALÍA. Yo las tengo irrecusables

del tuyo, para tu daño.
JOSÉ. De tu proceder extraño
tengo yo pruebas palpables.
ROSALÍA. Muéstralas; vamos á ver.
JOSÉ. Las tuyas se han de saber.
ROSALÍA. ¡Admito el cambio!
JOSÉ. ¡Ay de tí!
ROSALÍA. ¡Salga usted! (A doña Casta.)
JOSÉ. (A Pascual,) ¡Venga usté aquí!
CASTA. ¡Mi marido! (Viendo á Pascual.)
PASCUAL. (Viendo á doña Gasta.) ¡Mi mujer!

ESCENA IX

ROSALIA, DOÑA CASTA, JOSÉ y PASCUAL

ROSALÍA. ¿Qué es esto?
PASCUAL. ¡Es ella! ¡Mi esposa!
CASTA. No me cabe duda, es él.
Ya me ruborizo toda.
JOSÉ. Y esta señora, ¿quién es?
CASTA. ¿No me conoces, traidor? (A José.)
JOSÉ. Ni ganas.
ROSALIA. Pues esta fué
la del baile.
JOSÉ. ¡Me he lucido!
PASCUAL. ¿Se ha enamorado de usted?
pues quédese usted con ella.
JOSÉ. Pero, hombre, qué fea es;
compadezco á su marido.
PASCUAL. Mil gracias; es mi mujer.
CASTA. (Tendremos que apechugar.)
ROSALÍA. El cielo le trajo á usted...
ahí tiene usté á su señora.
JOSÉ. ¡Ay! ¡De buena me libré!
CASTA. ¡Pobrecito de mi vida,
(A Pascual)
no puedo vivir sin él!
PASCUAL. Calle usted por Dios, señora.
Sí, señor. (A José, que le indica que se vaya.)
Ahora me iré.

¡Qué lástima!... Hasta otro día.
ROSALÍA. No piense usted en volver:
estaremos ocupados.
PASCUAL. Lo creo; no volveré.
CASTA. Calle de la Berengena,
número cuarenta y seis,
cuarto tercero, escalera
interior, número tres,
tienen ustedes su casa.
¡Serpiente! (A José, dándole un pellizco.)
JOSÉ. ¡Ay!
PASCUAL. Hasta más ver.

ESCENA ÚLTIMA

ROSALIA y JOSÉ

JOSÉ. ¡No lo acabó! ¡Qué temores!
(Mirando el pañuelo que bordaba Rosalía.)
ROSALÍA. Pide perdón.
JOSÉ. Si tú puedes (Se arrodilla.)
perdonar los sinsabores ..
ROSALÍA. ¿Qué tal? Aprendan, señores; (Al público.)
á esto se exponen ustedes.
Ego te absolvo. Levanta
y no me seas infiel,
ya que con frecuencia tanta
tira el diablo de la manta
y se descubre el pastel.
(Cogiendo el pastel y enseñándolo á José.)
JOSÉ. No ha sido mala empanada.
ROSALÍA. ¡Deja que hasta el fin arrostre
un peligro que me enfada!
A quien me dé una palmada
se lo envío para postre.

FIN DEL JUGUETE

Habiendo examinado este juguete, no hallo inconveniente en que su representación se autorice.

Madrid 2 de Octubre de 1865.

El censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los Corresponsales de esta Galería ó acudiendo al EDITOR, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los Libreros ó Agentes.